

mi vida, no he de volver á penetrar en esta casa sin que me acompañe la que debe ser obedecida en ella como segunda persona.

Sin detenerse llegaron á la mansion de Perez, donde lord Stanley reconoció sus cartas á Magdalena, varias prendas de ésta conservadas entre la envoltura de su hija, y por último no quedándole duda de la legitimidad de Cecilia abrió sus brazos, en los que se arrojó la niña, ansiosa de amor y de consuelo, lanzando un grito desgarrador que conmovió hasta lo mas íntimo las entrañas del conde.

—¡Hija, hija mía! exclamó procurando en vano contener el llanto que se agolpaba á sus ojos, basta ya de aislamiento y humillacion: alza la frente con orgullo y no bajes la vista ni aun delante de las testas coronadas, pues tu nacimiento es tan ilustre que puedes sentarte en las gradas de un trono, poco inferior á las personas reales.

Después volviendo la vista en torno suyo y fijándola luego en el techo que declinaba casi hasta tocar con el pavimento,

—¡Qué morada tan horrorosa! prorumpió ¡oh traidores asesinos los que te han precisado á vivir de esta manera, yo los buscaré, aunque se oculten en el seno de la tierra, para imponerles el merecido castigo!

—¡Oh, padre mio, perdon para todos! es la primer súplica que os dirijo. No mireis lo pasado en este día, miradme solo á mí.

—No es venganza, corazon inocente, es solo justicia la que trato de imponerles. Que me devuelvan tu cariño que por tantos años me han robado; que borren los desprecios y abyeccion que te han hecho sufrir y entonces podré olvidar el horrible delito que hace hervir mi sangre cuando bien lo considero. Salgamos ahora de esta bohardilla para no volver á pensar jamás en ella ni en cuanto encierra en su seno: ven tú conmigo, hija del alma, que estoy impaciente por presentarte una hermana que tienes, tan hermosa como tú.

A todo esto el pobre Deogracias permanecía casi arrinconado en un extremo de la pieza, arrasados los ojos en lágrimas, rebotándole el contento por todas sus coyunturas, pero sin que nadie reparase siquiera en su humilde persona, hasta que Cecilia le dijo con ternura:

—Vaya, señor Perez ¿qué hace vuestra merced tan escondido sin llegarse á dar un abrazo á su querida hijita? tendré yo que hacerlo, al paso que le doy algunos encargos de importancia: el primero, que guarde con esmero las prendas compañeras de mi desventurada niñez, que conservaré siempre como testigos contra el orgullo que pudiera inspirarme la prosperidad, y el segundo que no deje de visitarme con frecuencia, sin perjuicio de los muchos ratos que vendré á pasar en su compañía, con permiso de mi amado padre.

—¿Qué dices permitir? á nuestro lado vivirá siempre tranquilo el varon generoso, bienhechor y alegría de la niña esposa en el recio temporal que la cercaba: á par mio y por la puerta principal entrará en mi palacio el hombre con cuya amistad me honraré en lo sucesivo.

Y adelantándose el conde á estrechar la mano del demandadero,

—Ea, pues, continuó, venid tambien y marchemos pronto.

—Vue señoría me perdone, contestó Deogracias con resolucion, pero no puedo servirle en eso; me es imposible faltar hoy de la iglesia habiendo tanto que hacer. ¡Buen genio tiene el padre vicario si lo supiera!

SEGUNDA SERIE.—1865.

—¡Exactitud maravillosa! ¿Qué destino desempeñais para ser tan indispensables vuestros servicios?

—El de siempre, caballero; sacristan de cuatro eses.

—En verdad que ahora lo comprendo menos; nunca he tenido conocimiento de semejante empleo.

—Pues ello mismo lo está diciendo, señor: sacristan segundo sin sueldo.

Rieron todos la sencilla ocurrencia, y don César con su marcialidad de costumbre, percibiendo la capa y sombrero de Perez colgados en una percha inmediata, fuese á descolgarlos poniéndolos de seguida sobre la cabeza y hombros del sacristan, que le dejó hacer protestando su ninguna intencion de faltar á sus deberes en materia grave. Cuando estuvo aderezado le dijo Montellano:

—No hay pecado faltando el consentimiento; por tanto, señor Deogracias, echad adelante en seguimiento de quien bien os quiere, que yo tomo la falta á mi cargo y quedo á cerrar la puerta y despedirme del padre vicario en vuestro nombre.

Aunque no convencido, dejóse arrastrar el demandadero, á pesar de su escrupulosa conciencia, por la graciosa Cecilia. ¡Tan irresistible ha sido siempre la tentacion ejercida por una linda muchacha.

Conducidos á casa del conde salió á recibirlos Lucy, cuidadosa por la repentina ausencia de su padre é impaciente por verle regresar. No quiso éste tener mucho tiempo suspensa su curiosidad y la dió á reconocer desde luego á Cecilia como hermana primogénita. Naturalmente quedó al pronto embargada de sorpresa, pero trascurrido el primer momento, colmó de caricias á su fraternal compañera siguiendo el impulso de su carácter expansivo.

—

Al cabo de poco tiempo, gracias á la influencia de que lord Stanley disponia, fué hallada la partera que asistió á Magdalena, consumando luego el abandono de su hija. Puesta á cuestion de tormento confesó de plano; fué sentenciada á encierro perpétuo y la legitimidad de Cecilia quedó con esto probada sin género de duda.

Cuatro años después, repantigado Deogracias en un ancho sillón de baqueta sostenia sobre sus rodillas á un hermoso niño, á quien con su paciencia acostumbrada procuraba hacer aprender los primeros rudimentos de la doctrina cristiana: una señora de bella presencia y un joven caballero decorado con las divisas de coronel de infantería, le contemplaban sentados á poca distancia.

—Leccion perdida, señor Perez, dijo el militar viendo las continuas distracciones del muchacho; si vuestra merced no quiere predicar en desierto quítese luego esa casaca color de castaña, cuyos botones de acero abrillatado tienen mas fuerza para llamar la atencion de su discípulo que las definiciones del padre Ripalda.

—Tan inquieto como es, señor don César, dentro de poco sabrá el niño de corrido el Bendito y la Oracion Dominical, como á su edad lo recitaba su madre, vuestra esposa mi querida Cecilia.

La graciosa miss Lucy dió su mano á un joven título de la corte haciendo antes abjuracion de los errores anglicanos, con grande escándalo de mistress Bridget, que murió loca en el hospital de Bédlam, con la manía de haberse transmitido á ella el espíritu y doble vista de la burra de Balaam.

DIONISIO CHAULIÉ,
AÑO XXIII. 24.

UN DOCTOR INGLÉS.

Era en 1857 en un castillo de Provenza. Penetraba en el la luz con misterio por una ventana de un piso bajo, templada con una gran cortina de gasa. Había en este cuarto un piano abierto, y sobre él diversos cuadernos de música; al otro lado una paleta con colores cerca de un caballete en el que había un lienzo para pintar un cuadro.

Sobre una silla se veía un rico manton de señora, y todo anunciaba esa vida de lujo, de capricho y de desorden de un artista de buena fortuna.

El buen gusto presidía á todo lo que formaba parte de aquella existencia, empero se descubría con asombro ó inquietud que en aquella estancia donde todo debía respirar juventud, amor y felicidad, se veían precauciones propias de un anciano ó de un enfermo. Veíase que no se trataba tanto del descanso que sigue al placer como del reposo que busca el que padece.

Muellemente arrellanado en una ancha silla gótica, con un libro caído casi de las manos, se hallaba Enrique Barton absorto en sus tristes pensamientos.

—¡Pobre María, querida mía! decía, tener que dejarte tan joven todavía. ¡Apenas has visto á tu padre! apenas he gozado tus primeros besos... ¡dicen que me voy á morir muy pronto, y sin embargo, siento aquí esta voluntad de hierro, este abrasador deseo que hace vivir... padezco, sí, padezco! ¡pero cuantas treguas tienen mis males! Si tú estás ahí, querida Paulina, si yo cojo tu mano, si te estrecho sobre mi corazón, si tus rubios cabellos reposan sobre mi abrasada frente, entonces ya no padezco... y estos dolores creen los que me pesan la salud, los que me cuentan mezquinamente los pocos días de vida que creen quedarme, que los daré á mi pesar... mienten... ¡aun viviré mucho tiempo, sería morir muy temprano á los veinte y dos años!.. no, no quiero morir.

Y al pronunciar estas palabras una tosecilla seca, dura, ronca como el timbre de una campana que toca á muerto, recordó á nuestro tísico lo positivo de su vida...

Su pañuelo estaba teñido de sangre.

—¡Horror y miseria, exclamó entonces andando á grandes pasos por su aposento, llévase el diablo la vida! veamos á ver cuantos años me conceden aun esos doctos pedantes, mis médicos, quiero gozar de ello. Los pobres son pródigos y quiero gastar en un día toda mi vida de alegría y de felicidad... Dios no es justo en herir así á un joven de veinte años. ¡Por qué si la muerte tiene hambre no va á afilar sus dientes sobre esas calvas que brillan al sol? ¡Por qué si tiene sed de sangre joven no va á chuparla en las venas de esos pobres diablos que no tienen ni casa ni hogar y que cubiertos de harapos están acurrucados en las puertas de las iglesias pidiendo de limosna un pedazo de pan, como yo pido la vida?... yo soy joven, soy rico, amo, soy padre... sí, soy padre. ¡Pobre niña! ¡pobre María!... ¡horrible pensamiento! ¡Ah! tú no sabes, María, lo que al morir va á legarte tu padre! ¡Ay! ¡yo soy tu verdugo... la muerte, sí, la muerte está en el seno de mi hija. Lo que yo he recibido te lo devuelvo, María!

Llegará un día en que joven, bella, y cuando ya haya hablado tu corazón, porque habla muy joven el corazón de una tísica, los sueños de amor turbarán tus noches... entonces tus mejillas tan frescas y sonrosadas perderán

su brillo, y solamente algunos matices de un sombrío encarnado se dejarán ver en ellas cual la señal del fuego que nos consume.

Tu pecho abrasado y seco vomitará sangre: tu corazón saltará con violencia contra las paredes que lo rodean; entonces tú querrás vivir también y formarás mil proyectos para el porvenir; pensarás en las alegrías de esposa y de madre: después te sentirás mejor porque esta horrible enfermedad suspende sus golpes para asestarlos con mas seguridad: contemporiza con sus víctimas, las adormece con la esperanza; empero, marcha... marcha... adelante... y entonces... entonces, mi querida María... ¡ah! yo te lo suplico, no maldigas á tu padre y á su fatal herencia.

Dos golpecitos dados á la puerta del salón suspendieron por un instante esta escena de desgarradoras emociones.

Era Paulina.

—Y bien, Enrique, ¿cómo te encuentras ahora? le dijo la joven dándole dos besos.

—Bien, respondió el moribundo, bien... creo á la verdad que se equivoca el médico... me siento mejor que nunca, respiro con mas facilidad, y sin embargo, estamos al caer las hojas, estamos en el otoño... y tú sabes cuan mala estación es esta

—Vamos, desecha esas malas ideas, está ardiendo tu mano, y me voy á enfadar si no tienes mas valor... mira, Enrique, acabo de ver á ese temible doctor que tan bueno es para nosotros, y que tanto nos riñe cuando...

Paulina abrazó á su enfermo.

—Dice que tu imaginación te mata, que te complaces en exagerar tu posición y que con cuidado, resignación y prudencia, saldremos bien. Cuidados los tendrás en mí; resignación, te toca á tí... prudencia es preciso que la tengamos, ¿lo entiendes? querido mío.

Entonces el enfermo fué el que abrazó á Paulina.

—Pero no basta esto, Enrique. ¿Sabes lo que exige de tí? Quiere que salgas de Francia, y vayas á buscar lejos distracción, y que no estés peleando solo contra ideas que te abrasan la sangre. Quiere que te vayas solo al viaje... á causa de la prudencia... pero yo le he vencido y marcharemos juntos é iremos á donde tú quieras. María va creciendo, está muy guapa... puede soportar el viaje y distraernos de las fatigas del camino, ¿con que nos la llevaremos, Enrique? Hablan de un médico muy sabio que hay en Londres que dicen que cura todos los males y si no él, el viaje te volverá la salud... iremos también á Italia, pintaremos, cantaremos... ¿pero no te ries?

—¡Ah! ¡Paulina, alejarme! Los médicos, los conozco bien. Estaba aguardándome eso, un viaje, ese es su último recurso, así es como esos señores se desambarazan en su egoísmo de lo desagradable de su oficio... te aflijo, lo veo, pero pues lo quieres, marchemos. Estoy dispuesto para este viaje... así como para el otro.

El viaje fué feliz.

Desgraciadamente, algunos días después de su llegada á Londres, Enrique se había aprovechado con exceso de lo que él creía su vuelta á la vida.

Descaba tanto la salud que á cada ocasión ensayaba, y siempre á sus espensas, la vida agitada y tumultuosa de Londres.

La curiosa agitación que le impelia á ver cosas nuevas, á ganar tiempo, á amontonar el pasado, como el avaro que no tiene porvenir, escitaron muy pronto sus accidentes del pecho, y después Paulina era tan linda, tan bella, sus

rubios cabellos caían con tanta gracia sobre sus blancos hombros, era tan dulce su voz, tan vivos y enamorados sus ojos... que fué preciso ver al doctor inglés.

El doctor John Murray es un hombre bajito, seco, bilioso; sus ojos negros y penetrantes interrogan con una energía diabólica, y remueve hasta el fondo del alma de sus enfermos. Numerosas arrugas surcan su ancha frente, que apenas sombrean algunos raros cabellos de un negro ceniciento. Espresa su boca una especie de desden y de disgusto por la especie humana, pues que si bien consuela sus males, todos sus estudios tienen por objeto el conocimiento de la enfermedad, el hallar su remedio, no por amor á la humanidad, sino por amor al arte y por interés de la ciencia. Por eso solo consagra su vida en investigar los secretos de la muerte en las entrañas palpitantes de un cadáver, y gasta su vida en penosas é ingratas vigilias. No es un enfermo lo que tiene delante de sus ojos, sino una enfermedad; nada le importan ni las lágrimas de una esposa, ni las súplicas de una hija que busca en su mirada á la cabecera de un moribundo una sentencia fatal, ó una consoladora esperanza. Lo que enciende su rostro y descarnados pómulos de una alegría infernal, lo que hace estremecer de placer sus áridas y secas manos, es el haber hallado la solución de un problema que buscaba largo tiempo. Si da un paso adelante la ciencia, poco le importa que perezca ó se salve una generación entera.

Es natural que con este devorador ardor Murray se apoderase de sus enfermos. Son su hacienda, su patrimonio, y ¡ay del que ose tocarlos! Con escrupulosa inquietud espía los progresos de la enfermedad, los señala, los dirige. Con asiduidad paternal los sigue hasta el fondo de las venas, hasta la médula de los huesos, para buscar el efecto de un específico veinte veces al día, y por la noche vuelve al lado de su enfermo, ora sea rico, ora sea pobre. Lo que es rico para él es la enfermedad, y esta es la que paga y la que le recompensa sus tareas.

Provisto de cartas de recomendación, que es lo más inútil que puede un viajero poner en su maleta, se presentó Enrique Barton en casa del doctor Murray.

No tuvo necesidad de revelarles sus dolores. Un acceso de tos y algunas gotas de una sangre purulenta y abrasada, hablaron por él.

—Tisis pulmonal en el más alto grado, dijo brutalmente el doctor; *tisis*, *consunción*, de *phthis*, me seco, me aso: ó más bien de *phthuo*, corroppo: marasmo, disnea, fiebre ética: este es el *tu bes* de los antiguos. ¿Qué diablos que- mas que yo haga? Sidenam pretende que la quinta parte de la especie humana muere de tisis. Lo creo: ¿y por qué habéis de ser una excepción? ¿Habéis merecido un milagro, hermoso joven? Veamos: una de dos: ó habéis adquirido con la vida este género de muerte, entonces Dios os lo tendrá en cuenta, ó bien habéis recibido esta vida fresca y libre y la habéis gastado en los placeres; habéis descontado los días que os estaban destinados, y no habéis visto en vuestro lecho de voluptuosidad y en vuestras locas orgías de joven, la muerte..... ¡Pero yo no soy un misionero! ¡Hola! dos vasos de vino de Oporto... Bebed, bebed, y no tengáis miedo alguno... el mal está ya hecho, y yo no veo recurso alguno contra él.

Hubo un momento de silencio, porque el pobre Enrique estaba aterrado con aquella salida del doctor. Y aunque se hallaba prevenido de la escentricidad original del *salvador* de la humanidad, se hallaba muy distante de esperar una recepcionsemejante. John Murray, conmovido tal vez,

en cuanto cualquiera cosa pudiese conmoverle, y encantado de aquella dulce resignación, ó entreviendo algunos rayos de vida en los ojos de su enfermo, se aplacó un poco, le tomó la mano, contó los latidos de su pulso, hizo desnudar á Enrique, y le reconoció el pecho dándole golpecitos con los dedos.

—Está completo el mal, dijo meneando la cabeza; cuento veinte pulsaciones, y elevados los hombros. El sábio Arete compara los hombros del tísico á unas alas que se desplegan... me gusta esta idea poética. ¡Id, tomad viento, abrid las alas, jóvenes almas, y tornad ligeras á vuestra patria celestial. Lo que me asombra es que no veo aquí la tisis ordinaria... Esta carne está firme, hay flexibilidad en estos músculos, no silba la respiración, y no oigo en la trauque-arteria ese ruido de un pergamino que se arruga en la mano... ¡Veinte y dos años!... ¡Si quisiérais!... ¡tal vez!... á fé mía que sería una famosa curación. Pero ¿qué puedo yo hacer sobre un cadáver que pertenece á todas las pasiones de la vida? Que no tiene fuerza de voluntad, ni energía sino para bajar al abismo... sería perder un ensayo más.

—Veamos, sin embargo, caballero, dijo bruscamente el doctor. ¿Tendréis valor de cumplir un juramento? ¿Queréis jurar por vuestra mujer, por vuestra hija, por cuanto os sea más sagrado y querido en el mundo, no tener más que á mí por guía, y no obedecer más que mis órdenes? Pensadlo bien, es un pacto con el diablo el que vais á hacer: por un lado la muerte, por otro la vida, elegid...

Enrique Barton sumamente conmovido con lo que acababa de oír, subyugado por el ascendiente de aquel hombre extraordinario prometió una ciega obediencia. En el momento en que hubo solemnemente pronunciado el voto de pertenecer al doctor en cuerpo y alma, brilló en los ojos de éste una rabiá satánica, sintió la mano de Murray estrechar convulsivamente la suya y una sonrisa falsa y burlona se deslizó sobre los pálidos labios del médico.

El pacto se hallaba firmado.

—Escucha, Enrique, le dijo, tú amas á tu mujer, tú adoras á tu hija, es preciso separarte de ellas..... yo lo quiero..... las emociones no te convienen. Fuera toda debilidad de tu corazón, tú perteneces á la medicina y no al amor..... son aterradoras tus caricias, tus besos huelen á muerto: es preciso romper con todas estas simplezas de joven, y dentro de dos años, ¡veremos! Vas á hacer volver á Francia á tu mujer y á tu hija, cuento con tus juramentos y que no irás á buscarlas. Tú te embarcarás solo para Italia y allí permanecerás hasta que yo quiera llamarte. No es esto todo, y pues he pensado en lo moral, ocupémonos del físico. Mis recetas son sencillas, vulgares, empero su eficacia consistirá en la eficacia que tú pongas en seguirlas y respetarlas.

Es un remedio de viejas, dicen, pero yo quiero verlo por mí mismo. Durante dos años enteros no tomarás más alimento que *berros*, sin aderezar, sin pan, y sin vino: agua y berros; la infracción en este régimen la pagarás primero con una cobardía, con un perjurio, y después la muerte. Enrique, te lo repito, tu estado es desesperado. La hemotisis ha llegado á su último período, dentro de algunos días te se cerrará el pecho y caerá un peso enorme sobre tus pulmones; en vano lucharás con estos punzantes dolores, tendrás el estertor de los muertos, llamarás á tu mujer y á tu hija, que se arrojarán llorando sobre tu lecho de dolor, y al fin morirás sofocado cual un miserable..... Piensa en los berros..... buenas tardes!

Y puso á Enrique á la puerta.

Mas de dos años han pasado, y un hombre robusto, de anchas y bien colocadas espaldas, tez morena y tostada por el hermoso sol del Mediodía, vino á llamar á la puerta de la casita del arrabal de Last-Weld.

Brillaba en sus ojos la alegría y respiraba á su placer cual un hombre agitado por un apacible sentimiento: el de la gratitud.

Introdujéronle cerca de John Murray, que acostumbrado á ver rostros hipocráticos, preguntó qué quería aquel molesto joven, con su insolente salud.... Arrojóse Enrique á sus pies y le besó las manos que con cólera le retiró el tético doctor.

—¿No me reconocéis, mister Murray? exclamó éste con emoción, soy Enrique Barton, ¿habeis olvidado á aquel pobre tisico que vino á pedir os la vida ahora hace dos años? ¿No recordais el pacto que he firmado? Os he cumplido mi palabra, ¡muchas lágrimas y angustias me ha costado el abandonar á mi Paulina, á mi bella Maria! las he vuelto á ver, están en Londres y quieren abrazar tambien las rodillas de su salvador. ¡Sabeis, Murray, que os deben un padre, un esposo?... ¡Qué hermosa es la vida para mí! ¡Qué porvenir! Soy joven, con salud, rico, amado, y á vos lo debo, Murray.... pero francamente, doctor, ya estoy harto de berros, los sempiternos berros, y ya no quiero mas, sino Champaña, orgías, fiestas y diversiones, gozar del mundo, disfrutar la vida.

Durante esta explosion insolente de una alegría muy natural, Murray se habia estado paseando á grandes pasos y con la cabeza baja, por su aposento.

Una sombría y aterradora agitacion, imponia á sus pasos un no se qué de violento y convulsivo: abria una cómoda, la volvia á cerrar, tiraba de un cajon, lo dejaba de pronto, pronunciando algunas palabras, y su rostro se hallaba pálido, lanzando fuego sus ojos.

Acercóse por último á Barton, cogióle la mano, clavó sus uñas en los brazos del joven para buscar allí las pulsaciones de la arteria.

Examinó el pecho y despues dijo:

—¡Sí, tú eres, te reconozco!

Y al decir estas palabras cogió una pistola, la aplicó vigorosamente sobre la sien del joven y le hizo saltar la tapa de los sesos.

Barton no tuvo tiempo ni de lanzar un suspiro.... estaba muerto.

—¡Manos á la obra! ¡manos á la obra! ahora, exclamó Murray con el acento de un condenado.

Y muy pronto ayudado de sus uñas y de sus dientes despojó de sus vestidos al desgraciado joven.

Arrastró su cuerpo, lo llevó, lo tendió en una larga mesa de mármol que servia para sus operaciones anatómicas; despues se puso á disecar con gozo aquel cuerpo palpitante todavia.

Hundia con embriaguez el escalpelo en aquellos músculos calientes aun: corre la sangre, rompe los huesos, y al fin descubre los pulmones.

—¡Oh! dijo Murray, ya sabia yo que el berro purifica admirablemente, seca los tubérculos, cicatriza las llagas. ¡Qué hermosos pulmones! ¡Qué sanos! ¡con qué tranquilidad funciona el aire bajo estas paredes esponjosas y rubicundas! ¡Cuán pura es esta sangre!....

Despues inclinó su cabeza sobre aquel cadáver abierto: fué mas tranquila su contemplacion, mas reflexivo su éstasis, gozaba de su triunfo.

—¡Lástima es! dijo friamente, *éste hombre* tenia todavia sesenta años de vida.

A la mañana siguiente todos los diarios de Londres, hablaron de un extraño suicidio.

Un joven francés, devorado por una cruel enfermedad, habia venido á consultar la ciencia, y se habia levantado la tapa de los sesos de un pistoletazo en el gabinete mismo del médico.

Desolada su familia, hizo embalsamar su cuerpo y volvió á tomar el camino de Francia llevándosele consigo.

Desde entonces todos los años por el otoño á la caída de la hoja, una silla de postas se detiene no lejos de la ciudad de Tolon, en el camino de Teres, delante de la alameda de un gótico castillo, cuya cima se levanta entre un bosquecillo de naranjos. Dos mujeres vienen allí todos los años; la una, madre joven, de treinta años, empero con las huellas de una anticipada vejez, y la otra, amable niña de pálido y ajado rostro. Vienen á pasar allí el invierno, y son la viuda é hija de Barton.

CONSEJO A LOS JOVENES. Si tuviera yo hijos, les diria diariamente que estamos en un tiempo y en una sociedad en que es menester hacerse apto para todo y prepararse para todo, porque nadie se halla seguro de su suerte. Y añadiria sobre todo, que no conviene calcular en lo que puedan quitarnos, sino pensar únicamente en adquirir lo que no podemos perder, á no ser dejando de vivir: energia, valor, ciencia y talento de conducta.

A. DE JOQUEVILLE.

ANTIGUO TRIBUNAL DE CUENTAS DE NORMANDIA

EN ROUEN.

El tribunal de cuentas de Normandía, establecido en Rouen el año 1380, fué suprimido por Francisco I en 1543. Restablecido en 1580 tuvo sus sesiones en una de las salas de un priorato de Rouen, despues fué llevado en 1591 á un magnífico palacio, situado en la calle de Carmes, donde permaneció hasta su completa supresion, que tuvo lugar al empezar la gran revolucion de 1789.

Aun existe el edificio, que se compone de cuatro cuerpos, de los que tres, contruidos de piedra, forman los lados de un patio sumamente espacioso.

Dos de estos lados, así como la parte del edificio que da á la calle de los Cuatro Vientos, se edificaron en la primera mitad del siglo XVI, y la fachada principal se hizo en el XVII. Habiendo parecido muy pequeña la puerta primitiva fué reconstruida en 1651.

El cuerpo que da al Norte no ofrece ningun vestigio de su primera construccion.

El del Este y el del Mediodía (que es el que representa el grabado que acompañamos) son construcciones de gusto del renacimiento del tiempo de Luis XII y Francisco I.

El cuerpo del Este, recargado de esculturas, se compone de dos pisos de igual altura, y de seis ventanas de forma

cuadrada, mas bien largas que anchas, cuyos lienzos están bajo, en los demás están adornadas caprichosamente con llenos de pilastras de diversos órdenes. Sencillas en el piso grupos de figuras pequeñas, tomados de asuntos mitológi-



Antiguo Tribunal de Cuentas de Normandia, en Rouen.

cos, tales como Marte y Vénus, las Nueve Musas, etc., ter- cuerpo que da al Mediodía y en el piso bajo, se encontraba minando con capiteles muy elegantes y variados. En el la capilla que aun existe.

La fachada de este lado es de un estilo mas severo y elegante que la que acamos de describir, si bien mucho menos adornada. Es notabilísima por la belleza de los perfiles de su arquitectura.

En suma, es un edificio notable bajo todos conceptos. La puerta que da á la calle de los Cuatro Vientos es tambien bastante bonita. Su arquitectura es al mismo tiempo ligera, severa y agradable formando un conjunto muy bello. Muchas de las esculturas que la adornan han sido manchadas con pegotes de pintura, y han desaparecido por lo tanto muchos de los preciosos perfiles que el cincel habia marcado.

Este palacio fué vendido en 1796 como perteneciente á bienes nacionales, y por lo tanto ha venido á ser de propiedad particular.

UN EPISODIO DE AMORES.

Nos encontramos en las provincias Vascongadas.

A pesar de estar en los primeros dias de agosto, la temperatura es agradable.

Es de noche y una plateada luna alumbra aquellas gigantescas montañas, siempre lozanas y frescas, siempre ricas en producciones. Susurra blandamente el aire que mueve á la hoja rústica, pareciendo que los bosques se animan y entablan los árboles armoniosa y viva conversacion.

Tal vez es la voz del Supremo Hacedor que recorre su obra, y nos manifiesta su presencia.

No lejos, resbalan dulcemente las olas del mar Cantábrico.

Y cercano corre un arroyuelo que va á prestar su tributo al Urumea, que á su vez se presenta como humilde vasallo al rey de los mares.

Desde el punto en que nos hallamos, ó sea en la cima de una montaña, divisanse varios pueblos y muchísimos caseríos.

Patriarcal país, digno bajo todos conceptos de nuestra admiración y estudio.

Poco mas de las nueve serian, la luna brillaba con todo su esplendor.

La naturaleza, á pesar de ser la hora consagrada al reposo, velaba, sin embargo, y parecía mas bulliciosa que nunca.

Todo anunciaba felicidad y dicha.

¡Mas ay!! que al apartar nuestra vista de la naturaleza y al fijarla en las ciudades, el corazón se entristecía y el alma no podia menos de llorar tanta desdicha.

La guerra civil ardía en aquel precioso país.

Padres, hermanos é hijos, combatían unos contra otros, defendiendo ya la causa de doña Isabel II, ya la del príncipe don Carlos.

¡Terrible monstruosidad la de las guerras civiles! ¡Eterno baldon sobre ellas! Toda guerra que conduce al fratricidio, necesariamente es de desastrosas consecuencias.

Basta de digresiones, y volvamos á nuestra narración.

Por una estrecha senda de la montaña en que nos hallamos, sube anhelante una jóven.

Ligera gacela semeja; tal es de apresurado su andar.

Objeto de alto interés debe llevarla á aquel sitio, cuando á tal hora, sola y sin defensa se dirige á él.

Ya llega á la cima. Contemplémosla.

Va pasea con angustia su vista por la falda opuesta á la que acaba de seguir.

¡Qué bella es! Naturaleza ha derramado sobre ella todos sus dones.

Alta y bien formada, reúne á la esbeltez de su figura la naturalidad campesina.

Unos ojos negros y rasgados, dan vida y animan unas preciosas y delicadas facciones, llenas de encanto y de dicha.

El pelo, mas bien rubio que castaño, cae en dos magníficas trenzas, adorna y sirve de complemento á aquella magnífica cabeza, digna de las vírgenes de Rafael.

Nótase que aquella preciosa jóven no pertenece á las clases elevadas de la sociedad, pero vése tambien que por su gracia, sencillez y elegantes maneras, rivalizar puede con la mas distinguida cortesana.

Una gran piedra que hay junto á un árbol, la sirve de asiento.

Oculta la cabeza entre sus manos. ¡Qué meditará!!! ¡Qué formará sus esperanzas ó sus desdichas!

Tal vez no tardemos mucho en saberlo, pues se ha levantado rápidamente y escucha con gran atención.

A poco un silbido penetrante llegó á sus oídos.

Renace la alegría en el angelical rostro de la niña.

Saca un pito de plata y responde al anterior silbido.

Tal ansiedad, tal hora, tal sitio y tales señales, nos demuestran que el amor tiene gran parte en el suceso que relatamos.

Y así es en efecto; á poco aparece por entre la enramada un gallardo jóven.

Veinte y cinco años representa su varonil y tostado rostro: su cabello negro, sus ojos vivos y expresivos, sus distinguidos modales y su franca y tierna sonrisa, nos dan á conocer al hombre de sentimientos puros y de noble corazón.

El traje que vestía nos indicaba claramente que, como hijo de aquellas montañas, defendía la causa de don Carlos; y las insignias que ostentaba en su pecho, daban á conocer su valor, y que habia cumplido como bueno en los campos de batalla.

Séanos permitido revelar su nombre á nuestros lectores.

Llamábase don Luis de Erizaburu y pertenecía á una de las principales familias de Guipúzcoa.

Estrecháronse cariñosamente ambos jóvenes, y empezaron el siguiente breve diálogo:

—¡Ah querido Luis! creí que esta noche no vendrías.

—¿Por qué, María? si aun no es la hora señalada.

—Porque sé que mañana habrá una acción reñida, y temi que el general te tuviera ocupado.

—Es cierto lo que dices, pero he conseguido una brevisima licencia, para saludarte, y tal vez para despedirme de ti para siempre.

—No lo querrán los cielos ni la Virgen del Carmen, á quien pediré por tu salud. Sin saber quienes son mis padres, no tengo en el mundo otro amparo que tú, y si me falta moriria de pesar.

—Verdad es que no sabes quien te dió el ser, pero no te quejes, puesto que en su lugar te recogieron los bondadosos ancianos con quienes vives; y aunque seas de familia desconocida no por eso te quiero menos. Tú sola ocupas mi corazón, y solo los compromisos que sabes, me han obligado á seguir las tropas de don Carlos y abandonarte.

Si mañana salgo bien, te prometo pedir una larga licencia y llamarme tu esposo muy en breve.

—Gracias, Luis: desde niña te conocí, desde entonces te amé; mejor dicho, te quise como una parte de mí ser y cuanto el corazón es capaz de amar.

—El tiempo vuela y el deber me llama. Si mañana salgo ileso, vendré a la misma hora: si no vengo, es que alguna desgracia me ha ocurrido.

—Adios, y la Virgen y mi cariño velarán por ti.

—Adios, ángel de amor, el cielo premie tanta bondad y te mantenga en su santa guarda.

Un tierno beso, puso fin al diálogo y cada joven descendió de la montaña por distinto lado.

Quedó todo en silencio.

La luna que hasta entonces brillaba, se nubló.

Arrebió el viento y la apacible noche acabó siendo tormentosa.

Empeñóse al alba del día siguiente reñida lucha entre los defensores de ambos bandos.

Las tropas de la reina vencieron y asolaron todo lo que encontraron al paso.

Uno de los caseríos que mas sufrió, fué el que albergaba a María.

Esta, retiróse a la montaña a la caída de la tarde, a ver si volvía su amante.

Cerró la noche y nadie volvió.

El Supremo Hacedor en sus altos designios, habia sin duda decretado la desgracia de dos seres.

A la madrugada, María, desfallecida por las emociones del día y por las angustias de la noche, cayó desmayada sobre el verde césped.

Habia pasado poco mas de un mes de los acontecimientos que acabamos de narrar, y el Convenio de Vergara se habia llevado a cabo: terminando por lo tanto la desastrosa lucha que afligía a España.

A corta distancia de Vitoria, elevábase esbelta y rica, una preciosa quinta ó casa de campo. Inútil fuera pretender describirla. Perderíamos un tiempo precioso, y creemos con los ingleses que el tiempo es oro. Baste decir que era una magnífica posesión, propiedad del conde de G^{ra}.

Daba el jardín a la carretera, y a poca altura de esta se levantaba un precioso mirador.

Serian las siete de la mañana y una linda joven de veinte años, conduce llevándolo del brazo hacia el mirador a un gallardo mancebo, que apoyado en su bella compañera y en un grueso baston apenas puede moverse.

Llegaron al mirador en el que se encontraba una respetable señora de franco y cariñoso porte, y un anciano a quien lo blanco de sus cabellos daba mayor respetabilidad.

—Vamos Luis, (esclamó la señora viendo llegar al enfermo), hoy se ha hecho un pinito.

—Señora, respondió el interpelado, cediendo a las instancias de mi enfermera Julia, y con consentimiento del facultativo, me he permitido hacer este esfuerzo.

—Nada, dijo el caballero del cabello blanco, vd. se responderá entre nosotros, y con nuestros cuidados.

—¡Ah! señor conde, materialmente tal vez, pero moralmente jamás, a no ser que supiera qué habia sido de la desgraciada María.

—Mi hijo, respondió el conde, marchó a ver lo que podia averiguar, prometió volver hoy y no faltará.

Movió Luis la cabeza con aire de duda.

—¿Dudais? dijo el conde con marcada intencion, pues yo os aseguro que vendrá, se lo ha rogado su prima Julia y creo no faltará.

Un ligero carmin que cubrió las mejillas de Julia, dió a entender que la interesaba el primo mas de lo que el parentesco marcaba.

—No dudaba, señor conde, conozco demasiado a vuestro hijo para saber lo que vale su palabra. A él le debo la vida. Defendía causa distinta a la mia, y sin embargo, cuando sus subordinados, a pesar de verme herido é indefenso, querian concluirme de matar, él me cubrió con su pecho, me salvó y no ha parado hasta traerme a su misma casa, donde todos vds. me dispensan una solicitud que no merezco, y ha llegado la amabilidad de Arturo, hasta a darme por enfermera a la preciosa Julia, es decir, a su futura esposa.

Apenas llegaban a este punto en la conversacion, cuando un joven montado en un brioso corcel, paraba debajo del mirador.

Volvieron la vista todos hacia él, y a una voz le preguntaron:

—¿Qué hay?

—Nada, contestó el joven echando pie a tierra. Ahora os enteraré.

Corrió al cenador, y su primer abrazo fué a Luis.

—Así me gusta, verte valiente, eso prueba que pronto te restablecerás.

—¿Y ella? dijo Luis.

—Ella, exclamó Arturo embarazado, no se sabe donde está. Poco despues de caer tú herido se corrieron las tropas hacia el caserío donde habitaba, y su anciano padre murió en el acto y la madre a los pocos dias. María desapareció y no se ha vuelto a saber de ella.

—Pobres ancianos, murmuró Luis, te he dicho que eran sus padres y no es cierto. María ignoraba a quien debía el ser.

—Terrible desgracia, exclamó la condesa, nadie sabe lo que es perder unos padres, ni lo que es perder una hija hasta que tal pérdida se experimenta; y enternece tal vez con el relato que acababa de oír enjugó sus lágrimas.

Luis habia caído abatido en una profunda meditacion.

Julia y Arturo se miraban tiernamente, y es seguro no sabian lo que alrededor pasaba, tal era su dicha al volverse a ver.

Los condes guardaban solemne silencio.

La voz de una mendiga que imploraba una limosna sacó a todos de aquel estado.

Al oírla exclamó Luis fuera de sí:

—¡María, eres tú, María!

La mendiga alzó la vista, y viendo a Luis dió un grito diciendo:

—Dios sea loado, no ha muerto.

Y cayó desvanecida.

Corrieron la condesa y Julia a socorrerla, mientras que el conde y su hijo conducian a Luis hacia la habitacion donde habian mandado llevar a la mendiga María.

Cuando llegaron al cuarto presenciaron una tiernísima escena.

La condesa besaba cariñosamente a María, y un raudal de llanto corria por su venerable rostro, mientras que Julia, absorta, no sabia lo que pasaba.

La condesa al ver entrar al conde se volvió, y mostrándole un relicario que llevaba María al cuello, exclamó:

—Mira, es nuestra hija. No había muerto.

Arrodilláronse todos y elevaron sus preces al Señor, rey de los reyes.

Dos palabras, para que nuestros lectores sepan cómo los condes de G^{***} creían haber perdido para siempre á su hija.

Por causas políticas, poco despues de su matrimonio y de haber nacido Amelia, tuvieron los condes de G^{***} que emigrar. Dejaron á su tierna hija en poder de un tío, que á su vez tuvo que salir del reino, y no teniendo á quien dejar á Amelia, la llevó consigo. Partieron para América, y naufragó el buque en que iban, pereciendo todos los pasajeros. Los condes dieron por perdida á su hija; pero no fué así, pues gracias á la cuna en que iba, sobrevivió á los demás naufragos y un marinero de un buque mercante que pasó á poco por allí, prohió al tierno vástago de los condes.

Este marinero era el anciano que pasaba por su padre. Hizo durante muchos años cuanto pudo por encontrar á los padres de la niña, pero la continuada emigracion de los

condes, hizo no dieran resultados sus pesquisas. Cansado ya, resolvió servir de padre á la niña, y así fué. Solo cuando se vió con muchos años, y tal vez próximo á morir, descubrió á la pobre María, ó Amelia, su triste historia. El relicario que llevaba era lo único que pudo servir de guia, pues era una joya de familia que la condesa de G^{***} habia puesto al cuello de su hija, el día que tuvo que abandonarla tan precipitadamente.

Amelia, pues, tal era su nombre, volvió en sí entre las caricias y oraciones de su familia y del pobre Luis, y la felicidad reinó en aquella dichosa mansion.

Dos meses despues se celebraban en un mismo día dos bodas en la capilla de los condes de G^{***}. La de Amelia y Luis y la de Julia y Arturo; y aquí doy por terminadas estas mal trazadas líneas, no sea que el cóntagio se alargue hasta mí, y me vea en terrible compromiso.

F^{***}

MITOLOGÍA MODERNA.



El juicio de París.